

LA REVUELTA EN EGIPTO

A. EL MOVIMIENTO

Tras un reinado de treinta años, Mubarak ha sido derrocado por un movimiento popular en menos de tres semanas. ¿Cómo se originó la revuelta?

En los últimos años se estaba gestando una rebelión soterrada. Había un sentimiento general de que la situación era insostenible. Las películas, las novelas y las canciones estaban impregnadas del tema de la revuelta: invadía la imaginación de la gente. El que los egipcios, por lo común apolíticos, considerasen que ya no podían seguir con su vida normal se debe a dos cambios. El primero fue la disolución del contrato social que regía las relaciones entre sociedad y Estado desde el golpe de Nasser en la década de los cincuenta. El contrato suponía un intercambio tácito: el régimen ofrecía enseñanza gratuita, empleo en un sector público creciente, sanidad asequible, vivienda barata y otras formas de protección social, a cambio de obediencia. Uno podía tener –o al menos esperar– estas prestaciones, siempre que no cuestionase la política interior o exterior. En otras palabras, la gente entendía que intercambiaba sus derechos políticos por bienestar social. A partir de los ochenta, este contrato se erosionó, pero sólo con la llegada del nuevo milenio quedó completamente abrogado. Para entonces, el régimen consideró que había eliminado tan a conciencia la resistencia organizada que ya no necesitaba pagar los tradicionales sobornos sociales para garantizar la aquiescencia política. Ante una población que parecía completamente pasiva, fragmentada y desmoralizada, el régimen creyó que era hora de saquear a gran escala. Dentro del Partido Nacional Democrático (PND) gobernante, una facción agrupada en torno a Gamal Mubarak, hijo del presidente, se fue imponiendo a través de un nuevo organismo denominado Comité Político. Este comité tenía dos componentes. Uno consistía de capitalistas corruptos, alimentados por el Estado y con el monopolio de los sectores rentables de la economía. El otro estaba compuesto por intelectuales neoliberales, en general economistas relacionados con instituciones financieras internacionales.

En 2004, el gabinete ministerial de Ahmed Nazif, compuesto por empresarios, marcó la primera vez que este grupo se hacía de hecho con el gobier-

no. Los capitalistas monopolistas asumieron cargos de gobierno relevantes para su sector de actividad. Por ejemplo, Mohamed Mansour, uno de los mayores comerciantes de automóviles de Egipto, se convirtió en ministro de Transportes. Un magnate del sector turístico, Zoheir Garraneh, se convirtió en ministro de Turismo. Los intelectuales neoliberales no destacaban menos. El ministro de Inversión, Mahmoud Mohieddin, pasó a convertirse en director gerente del Banco Mundial en 2010. El ministro de Finanzas, Youssef Boutros-Ghaly, fue alto ejecutivo del FMI y siguió vinculado al Fondo, por ejemplo, al presidir el Comité Monetario y Financiero Internacional, principal organismo de planificación política, encargado de asesorar a la Junta de Gobernadores. El resultado fue una combinación de indignante saqueo por parte de estos capitalistas introducidos en el poder, y descaradas exacciones neoliberales a la población. Reorganizaron el procedimiento presupuestario, privatizaron servicios e introdujeron un nuevo régimen fiscal. En 2005, el tipo impositivo del Impuesto de Sociedades fue reducido a la mitad, del 40 al 20 por 100 de los beneficios, aunque incluso esto raramente se pagaba, mientras que los gravámenes impuestos al conjunto de la población –de manera señalada sobre la vivienda– aumentaron notablemente. En 2010, muchos egipcios sin otra propiedad que el techo que tenían sobre su cabeza, que vivían de pensiones inferiores a 50 dólares al mes, se enfrentaron de repente a una subida de impuestos sobre la vivienda. El resultado fue un nivel tal de protesta, con tantos ruegos y apelaciones al presidente para que interviniese, que Mubarak suspendió la aplicación del nuevo impuesto dos meses antes de que entrase en vigor. En 2010, sin embargo, se había generalizado la creencia de que Mubarak no iba a presentarse de nuevo a la presidencia en septiembre de este año, sino que le pasaría el cargo a su hijo. La perspectiva de que Gamal dejase de ser el heredero aparente y ejerciera el poder absoluto junto con sus secuaces asustó a muchos. La vida ya era económicamente difícil para la mayoría de los egipcios. ¿Cómo sería si no hubiera apelación posible contra él y todo lo que él representaba?

En paralelo con este cambio social, y en relación con él, se produjo una alteración en las formas de represión política ejercidas por el régimen. En las décadas de 1950 y 1960, se entendía que solamente sufrirían detención o tortura quienes se organizaban políticamente. El ejército mantenía una represión interna brutal, pero con objetivos muy concretos. En la década de 1970 y comienzos de la de 1980, esta función fue transferida del ejército a la policía. La represión se hizo entonces más indiscriminada, pero seguía llevándose a cabo dentro de una estructura discernible y con ciertos límites. Las decisiones las tomaban coroneles o capitanes, personas con nombre, rango y rostro, que conservaban cierta responsabilidad por las decisiones tomadas, y uno todavía tenía que estar en cierta medida involucrado en política –no necesariamente organizado, por aquel entonces, sino decir algo que cruzase la línea roja o contrariase a algún cargo público– para caer en sus manos. En los noventa, sin embargo, el régimen confiaba tanto en que no era objeto de oposición alguna que trataba cualquier crítica en la prensa, en la televisión por satélite o más tarde en internet como banalidades

inocuas. Ésta fue también la actitud adoptada por la policía: la represión cotidiana de los ciudadanos era demasiado ordinaria para ser llevada a cabo por oficiales uniformados. ¿Por qué iban los agentes de policía a malgastar tiempo y energía en intimidar a unos cuantos estudiantes, reprimir a un ocasional organizador sindical impulsivo o acosar a algunas activistas a favor de los derechos humanos para sacarlas de las calles?

Así, cada vez más, usaban para estas tareas a asistentes no uniformados. Sadat había empezado a emplear a este tipo de matones de poca monta en la década de 1970, pero a muy pequeña escala. Para no implicar a la policía, se hacían pasar las redadas por manifestaciones de apoyo popular al régimen. Mubarak los empleó en las elecciones parlamentarias de los ochenta. A partir de la década de 1990, sin embargo, el despliegue de estos matones contratados temporalmente, pagados por la policía pero sin pertenecer a ella, se convirtió en la norma, y con ello la represión se volvió más indiscriminada. A menudo acosaban o maltrataban a ciudadanos comunes sin ninguna razón política, simplemente para extorsionarlos. Fue un dramático caso de este fenómeno generalizado el que finalmente provocó el levantamiento. Khaled Said era un veinteañero instruido, perteneciente a una buena familia de Alejandría. En el verano de 2010, intercambió unas palabras con un par de estos asistentes de policía en un cibercafé y ellos le aplastaron la cara contra el suelo. Después alegaron que era sospechoso de portar drogas y, antes de que pudieran cachearlo, se había suicidado. Pronto sus fotos se extendieron por internet. En Dubai, un ejecutivo de Google llamado Wael Ghonim creó un grupo de Facebook llamado «Todos somos Khaled Said» y pidió a quienes habían soportado esta barbarie que se uniesen a él. En dos meses, más de cien mil personas lo habían hecho. Ésta fue la contingencia que desató todo el movimiento. Tras ella estaba este doble deterioro —en la escala de la explotación económica y el pillaje, y en la medida de la persecución arbitraria y la represión— que hizo cada vez más insostenible la vida de egipcios ordinarios, que no tenían nada que ver con la política.

A Khaled Said lo mataron en el verano de 2010. ¿Cómo se explica que la revuelta se produjera seis meses más tarde?

El 25 de enero es la fiesta nacional que conmemora la resistencia heroica de los oficiales de policía en Ismailia, una ciudad del Canal de Suez, contra una fuerza británica que les exigió que entregasen las armas, ese día de 1952. Los británicos mataron a más de cuarenta policías e hirieron a varias docenas más en el que acabó conociéndose como el Día de la Policía. Para subrayar el contraste entre la policía de entonces y la de ahora, el grupo «Todos somos Khaled Said» decidió organizar una manifestación cerca de la sede de la Seguridad del Estado en el centro de El Cairo, en la plaza de Tahrir. Esperaban que acudiesen entre 5.000 y 7.000 manifestantes, pero en ese momento incluso esa cifra parecía inalcanzable. Con Mubarak, las manifestaciones más masivas nunca habían excedido los varios cientos de personas. Pero animada por la caída del dictador tunecino el 14 de ene-

ro, y apoyada por otros grupos de internet y de la oposición, la convocatoria reunió a unas 20.000 personas.

Durante los tres días siguientes no sólo continuaron las protestas, sino que distintos grupos de la oposición se reunieron para alcanzar una movilización mayor. Entonces la policía intentó disolverlos con mangueras y gases lacrimógenos. En lugar de hacerlos retroceder, la brutalidad policial provocó otra gran protesta después de las oraciones del viernes 28 de enero, el Día de la Ira. Juntándose desde distintos puntos de reunión, y acumulando presión a medida que avanzaban hacia la plaza de Tahrir, las multitudes crecieron hasta reunir a unos 80.000 manifestantes, dispuestos ahora a enfrentarse a la policía. Sorprendidos por el tamaño y la persistencia de la protesta, finalmente los policías se vieron superados. Fue un duro despertar. De repente, la policía se enfrentaba a la realidad de que, como resultado de las transformaciones que he descrito, no estaba equipada ni preparada para enfrentarse a una agitación masiva. Lo que siguió fue una batalla épica en el puente de Qasr al-Nil, que une la plaza de Tahrir con el oeste de la ciudad, desde donde llegaban la mayoría de los manifestantes. Si examinamos vídeos de esta batalla, vemos lo incompetente y desorganizada que resultó la represión: la policía maniobraba con torpeza un puñado de vehículos blindados, zigzagueando entre las multitudes e intentando golpear a la gente, bombardeándola con proyectiles varios, y después batiéndose en retirada, lanzando agua y disparando a la gente, lo cual sólo sirvió para enfurecerla más. Tras dos horas de tira y afloja, los manifestantes volcaron los vehículos de transporte de personal, la policía se retiró, abandonando no sólo el puente, sino todo el centro de la ciudad, mientras las multitudes incendiaban las sedes del PND y ocupaban la plaza. En este punto, el ministro del Interior le dijo a Mubarak que la situación estaba fuera de control y que debía intervenir el ejército. Desplegaron tropas en puntos estratégicos y la mañana siguiente los militares llenaban las calles.

¿Qué fuerzas apoyaron la movilización del 28 de enero? ¿En qué medida se coordinaban entre sí?

Podemos hablar de unos seis grupos que impulsaron el movimiento. Dos tenían su base en las redes de Facebook. El primero era el grupo «Todos somos Khaled Said», del que ya he hablado. El segundo era el Movimiento Juvenil 6 de Abril, creado en apoyo a una huelga general convocada para esa fecha en 2008. Sólo una de las pequeñas ciudades industriales del Delta atendió el llamamiento y allí los trabajadores fueron brutalmente reprimidos, con algunos muertos por disparos. Al año siguiente, los organizadores crearon una cuenta de Facebook llamada Movimiento Juvenil 6 de Abril y pidieron a todos que se quedaran en casa ese día, en lugar de salir a la calle. La policía se aseguró de que no ocurriese nada, pero en 2010 el grupo tenía unos 70.000 miembros. Era, por lo tanto, el más antiguo y, al combinar intereses sindicales y liberales, tenía un perfil más po-

lítico que la red creada por Wael Ghonim. Aunque una manifestación masiva era contraria a su estrategia de huelga desde casa, decidieron unirse a la movilización de enero convocada por «Todos somos Khaled Said».

Otro grupo importante eran las Juventudes de los Hermanos Musulmanes, surgidas en los tres años anteriores. Dentro de los Hermanos, los reformistas llevaban un tiempo intentando cambiar las posiciones y las estrategias tradicionales del movimiento. Su objetivo era crear un partido político con organización y líderes propios, vinculado sólo de manera laxa con el movimiento cultural de los Hermanos Musulmanes. Su campaña se vio todavía más estimulada por la noticia de que los avances del movimiento en las elecciones parlamentarias de 2005, en las que obtuvo 88 escaños, formaban parte de un plan de la Seguridad del Estado para evitar que Estados Unidos presionara a Mubarak para que democratizase el país. En otras palabras, los líderes del movimiento habían caído voluntariamente en las manos del régimen, aceptando el indigno papel de hombre de paja. En 2010, los reformadores experimentaron una seria derrota, cuando un representante de la vieja guardia conservadora fue elegido guía general y desoyó los llamamientos a unirse a grupos de oposición laicos en el boicot a las elecciones fraudulentas organizadas por el régimen. Para empeorar las cosas, la complicidad de los Hermanos no fue recompensada; no obtuvieron un solo escaño en el nuevo parlamento. A partir de entonces, las Juventudes de los Hermanos Musulmanes cuestionaron abiertamente a su Consejo Orientador, pidieron a los reformadores que dimitiesen de él y siguieran adelante con la formación de un partido político. En consecuencia, cuando se produjo el llamamiento a la manifestación del 25 de enero, decidieron participar.

El cuarto grupo estaba compuesto por la que en Egipto podríamos denominar «nueva izquierda». Eran principalmente izquierdistas jóvenes y de mediana edad, cuyas relaciones con los líderes originales del Partido Comunista no diferían mucho de las que mantenían las Juventudes de los Hermanos Musulmanes con el Consejo Orientador. Los veteranos comunistas, que se retrotraen a mediados del siglo pasado, son ahora ancianos que firmaron la paz con el régimen hace mucho. Su excusa fue que la islamización constituye la mayor amenaza para Egipto y que el compromiso con el laicismo los une al grupo dominante, supuestamente liberal. En consecuencia, aceptaron jugar de acuerdo con las normas del régimen, que les permitía escribir y dar conferencias, al tiempo que les prohibía formar una base real entre la clase obrera. Para los izquierdistas más jóvenes, sin embargo, había otras amenazas además de la islamización: a saber, una explotación neoliberal desbocada. Desde su perspectiva, la prioridad era organizar la resistencia en las fábricas. En consecuencia, llevaban al menos cinco años intentando desarrollar una fuerza propia, creando, entre otros, un periódico llamado *Al-Bousla –La brújula en árabe–* para reunir a las capas más activas de la izquierda egipcia. Son principalmente intelectuales urbanos, muchos de ellos profesores adjuntos: jóvenes historiadores, especialistas en ciencias políticas o sociólogos.

El quinto grupo se había reunido en torno a Mohamed El-Baradei, ex director de la Agencia Internacional de la Energía Atómica, con sede en Viena, que volvió a Egipto el año pasado e hizo saber que se presentaría como candidato a la presidencia en caso de que se cambiara la Constitución para permitir elecciones libres. Corría el rumor de que El-Baradei estaba enfrentado a Mubarak, porque como embajador había sido en otro tiempo el candidato oficial de Egipto para el principal cargo de la AIEA, pero en el último minuto el presidente nombró a otro. El-Baradei fue elegido de todas formas, pero con votos africanos. Después de eso se distanció del régimen, aunque Mubarak tenía que tratarlo con cierto respeto, por su importancia internacional. Al volver a El Cairo, atrajo a jóvenes desencantados en torno a un llamamiento general a la reforma, sin más contornos definidos, creando un grupo llamado Asociación Nacional para el Cambio. Es una mezcla de individuos, que van desde liberales a islamistas progresistas o un puñado de izquierdistas, algunos afiliados a partidos políticos, principalmente al Frente Democrático, y muchos independientes. Uno de los principales portavoces de este grupo era el hijo de Yusuf Al-Qaradawi, un clérigo muy conocido; otros eran jóvenes emprendedores y ejecutivos de grandes empresas. Pero El-Baradei seguía pasando la mayor parte del tiempo en Europa, y prefería desempeñar la función de inspirador a la de líder efectivo del grupo. El resultado fue de nuevo un grupo de jóvenes furiosos y abandonados a sus propios recursos. La candente convocatoria de enero de 2011 acababa de encontrar a otro colaborador.

Por último, el sexto grupo constaba de una colección dispar de activistas por los derechos humanos, que trabajaban para organizaciones egipcias o para Amnistía Internacional, Human Rights Watch u otras organizaciones internacionales. Era una colección muy ecléctica de jóvenes unidos sólo por el hecho de que no habían encontrado ninguna organización política capaz de movilizarlos para protestar más directamente contra el régimen. La característica común de los seis grupos es que estaban desilusionados con las tradicionales alternativas a la dictadura. Se beneficiaron de las tecnologías de la comunicación contemporáneas, por supuesto. En las grandes ciudades, hay cibercafés por todas partes, y hasta los pobres tienen teléfonos móviles. Ésta es principalmente una cultura de jóvenes, pero está a disposición de muchos, en todas las clases sociales. Debemos señalar, sin embargo, que las redes sociales únicamente influyeron en las fases preliminares. Una vez puesta a rodar la bola de nieve, el valor de dichas redes se depreció a favor de medios más tradicionales, como la televisión y la radio.

A partir de la manifestación del 28 de enero, la plaza de Tahrir estuvo continuamente ocupada por manifestantes. El 1 de febrero, una manifestación aún mayor exigió la renuncia de Mubarak. Al día siguiente, los matones policiales desplegados para atacar a los ocupantes fueron expulsados de la plaza. Siguió una movilización mucho mayor el 4 de febrero. El 7 de febrero, las huelgas habían empezado a generalizarse. El 10 de febrero, el Consejo Militar Supremo se reunió por primera vez desde 1973. Mubarak

cayó el 11 de febrero, ante una revuelta popular cada vez mayor. ¿Cómo deberíamos describir la composición social de la protesta?

Las multitudes de la plaza de Tahrir representaban la masa crítica de la sociedad egipcia, desde la clase media baja a la clase media alta. Se encontraba de todo, desde ricos empresarios y agentes bursátiles a oficinistas y tenderos, conserjes y guardias de seguridad. En esta amplia gama, había gente de todas las edades, desde abuelos a niños pequeños, de ambos sexos y de las dos confesiones principales. Las mujeres participaron activamente desde el primer día, ancianas con velo y activistas sin velo iban de la mano. Muy asombrosa en la multitud fue la completa ausencia de acoso sexual, que se ha convertido en un problema serio en la vida pública egipcia en los dos últimos años. De igual modo, no hubo tensiones entre musulmanes y coptos. El ministro del Interior llevaba ya bastante tiempo fomentando el antagonismo entre las dos comunidades, pero desde el primer día del movimiento podía verse a los cristianos de la mano y formando un círculo en torno a los musulmanes cuando oraban, y a los musulmanes formando un cordón en torno a los cristianos cuando celebraban misa en la plaza.

¿Y qué hay de la clase obrera?

En cuanto a distribución de la renta, los trabajadores fabriles pertenecen a las filas de la clase media baja en la sociedad egipcia y también ellos participaron activamente desde el primer día; no en la plaza de Tahrir, sino en Alejandría, que tiene muchas fábricas grandes en sus alrededores, así como en ciudades de provincia de todo el país. Un cálculo común es que en total la revuelta ha debido de movilizar entre 10 y 15 millones de personas; de ellas, un máximo de 5 millones en El Cairo. En la parte desempeñada por los trabajadores en el movimiento, las manifestaciones fueron anteriores a las huelgas. Se produjo una enorme cantidad de turbulencia social en todo el país y en todos los ámbitos económicos, desde ciudades del canal, como Port Said, Ismailia y Suez, a oasis turísticos del desierto occidental. En el oasis de al-Wahat, donde se está excavando la montaña para construir un hotel de lujo con un enorme coste y se están gastando millones en opulentas instalaciones turísticas, mientras que los lugareños prácticamente no reciben nada, la ira social era tan fuerte que el jefe de policía tuvo que ser trasladado por disparar contra los manifestantes, incluso antes de la caída de Mubarak. La represión y la explotación fueron las dos cerillas que encendieron la acción popular; la represión afectaba a las capas más ricas de la clase media y la explotación a las más bajas.

Las huelgas vinieron después, cuatro días antes de que cayese Mubarak. Fueron comunes en los últimos días: se calcula que unos dos millones de trabajadores habían participado en algún tipo de actividad huelguística en la década anterior. Pero las huelgas habían sido en general apolíticas, ceñidas a demandas salariales, resistencia a los despidos, presión a favor de una jubilación más temprana; y habían sido estrictamente locales; nunca habían inten-

tado emprender una acción industrial en todo el país. Eso se debía, en parte, a que la vigilancia era tan estricta que los trabajadores sólo organizaban huelgas con aquellos a quienes conocían y en quienes confiaban, que vivían al lado, cerca de la fábrica. Carecían de la confianza necesaria para las huelgas nacionales, porque no podían extender la misma confianza a trabajadores de otros barrios o provincias. Asimismo, mientras las demandas fuesen meramente de modestas mejoras económicas, el régimen las toleraba –Gamal no quería espantar a los inversores extranjeros disparando contra los huelguistas– e incluso podía tratarlas como una especie de remanente del contrato social que en otro momento había esbozado. Pero una vez comenzado el levantamiento, cualquier huelga adquiriría fuerza política y daba impulso a la revuelta. En los días anteriores a la caída de Mubarak, los líderes huelguistas empezaron a exigir la creación de una confederación nacional independiente de trabajadores, en lugar de los falsos sindicatos de la dictadura. Ciertamente, todo esto sacudió al régimen. Pero las conexiones entre los líderes de las huelgas y las organizaciones movilizadas en la plaza eran muy débiles y sería erróneo imaginar que la acción industrial fue la paja que le rompió el lomo al camello.

¿Y en cuanto al subproletariado de los suburbios de El Cairo y de otras grandes ciudades?

Son los más pobres de entre los pobres, de quienes muchos temían que un día protagonizaran una *jacquerie* egipcia. En El Cairo y sus alrededores, ascendían a cinco o seis millones de personas, viviendo en condiciones inhumanas: barrios de chabolas sin agua corriente, sin electricidad, sin alcantarillado y sin escuelas. La palabra árabe que hace referencia a estos lugares es *ashwa'iyyat* y procede de una raíz que significa «fortuito». Los pobladores de los *ashwa'iyyat* son fortuitos, seres humanos contingentes para aquellos con una vida asentada, a los que aterrorizan, como personas que no poseen nada, que descienden de sus siniestros hábitats sobre la ciudad ordenada, hablando un árabe extrañamente distorsionado, buscando desesperadamente trabajo, robando cosas y acosando a los ciudadanos antes de retirarse a su oscuro mundo. ¿No podrían algún día saquear la ciudad y quemarla? Por fortuna, esta amenazadora masa humana estuvo completamente ausente de la revuelta, lo cual probablemente contribuyó a su carácter civilizado y pacífico. Un día antes de la dimisión de Mubarak, los activistas de Alejandría planeaban convocarla a la ciudad, para aumentar aún más las cifras del movimiento. Si lo hubieran hecho, habrían sembrado, sin duda, el pánico en todo el país. En el otro extremo de la escala social, por supuesto, la capa verdaderamente rica de la sociedad egipcia –la élite empresarial superior– tampoco participó en el movimiento. Éstos, principales beneficiarios del régimen, apoyaban, como es natural, a Mubarak, y tenían los motores de sus aviones privados encendidos, dispuestos para huir en caso de necesidad.

¿Pero son tan homogéneos quienes proceden de las ashwa'iyyat? Después de todo, se calcula que suponen un quinto de la población total. ¿No muestran los estudios sociológicos que incluyen a bastantes jóvenes, o no tan jó-

venes, preparados, personas que no pueden permitirse vivir en el centro de la ciudad, pero que no son chabolistas indigentes?

Sí, los residentes en las periferias de las grandes ciudades componen al menos dos grupos distintos, que en general se corresponden con barrios diferentes. Por una parte están quienes ya no pueden permitirse vivir en la ciudad propiamente dicha y se trasladan a unos barrios históricos de hecho, que en el caso de El Cairo existen desde al menos el siglo XVIII, pero que se han deteriorado enormemente en los últimos treinta años, más o menos. Conservan fuertes redes sociales y están muy politizados, pero terriblemente desvalorizados por el abandono estatal. Por otra parte, tenemos las barriadas de chabolas propiamente dichas, formadas por chabolas irregulares, construidas en los últimos diez-quince años, sin servicios ni infraestructura de ningún tipo, atestadas de pobres de necesidad, que migran de zonas rurales o pueblos.

Aun así, ¿son realmente el equivalente contemporáneo de las classes dangereuses que la burguesía del siglo XIX tenía en su imaginación? Quienes viven en ashwa'iyyat suponen más de la cuarta parte de la población de la zona metropolitana de El Cairo. ¿Podría haber esperanza de democracia en Egipto si se les excluye de antemano de la movilización política, por constituir una dificultad para cualquier manifestación?

Separando los barrios históricos, la proporción es significativamente menor, tal vez entre dos y tres millones de personas. Dicho eso, para ser realista, la política revolucionaria debe tener en cuenta los temores y las ansiedades existentes en una sociedad de clases. La organización del levantamiento se produjo en cuestión de días y siguió siendo tenue e improvisada. No había forma de que pudiese canalizar una explosión colectiva y violenta de los barrios de chabolas, la cual sólo habría ayudado a la dictadura a cerrar las escotillas. El levantamiento también habría corrido el riesgo de que se produjesen estallidos de delincuencia individual o saqueo, cuando la policía se retiró de las calles. Por lo tanto, debemos considerar una fortuna que nada de esto ocurriese. Ciertamente, el hecho de que no pasase mostró, asimismo, que esta masa de pobres está trágicamente aislada de los vínculos normales del resto de la sociedad. La prioridad es reintegrarlos en la vida de la ciudad. La mayoría de los candidatos presidenciales surgidos del levantamiento, por no decir todos, han declarado que, de ser elegidos, la primera cuestión de su programa será la de ampliar las infraestructuras y los servicios públicos –vivienda decente, agua limpia, colegios, policía– a los *ashwa'iyyat*, para devolver las periferias a las ciudades a las que pertenecen.

El campesinado fue, según todas las apariencias, la otra gran clase que se mantuvo pasiva durante el levantamiento. ¿Podía haberse predicho?

Las condiciones en el campo son producto de un largo proceso histórico. En la década de 1950, cuando Nasser llegó al poder, los campesinos supo-

nían al menos el 80 por 100 de la población y él se aseguró de que no se movilizasen políticamente. Es cierto que también les tenía miedo a los obreros, pero al menos éstos estaban concentrados en grandes ciudades, donde los podía vigilar y controlar. Los campesinos eran mucho más numerosos y estaban dispersos, y no podía tratarlos de la misma forma. Su régimen proclamó una reforma agraria, pero ésta no provocó la redistribución de beneficios entre la masa del campesinado. Advirtieron a los grandes terratenientes que sus propiedades tendrían un límite máximo, pero les dieron tiempo suficiente para deshacerse de las que excedían del límite, ya fuese transfiriéndolas a parientes o vendiéndolas en el mercado abierto. El resultado fue la aparición de una nueva clase de propietarios intermedios, con propiedades entre 20 y 100 *feddans*, incorporada al partido del régimen, que entonces era la Unión Socialista Árabe. Los campesinos fueron esencialmente transferidos del tutelaje de los grandes propietarios al de este estrato. Dependiendo de estos explotadores, siguieron aislados de la vida del Estado.

Pero sus arrendamientos quedaron protegidos: no podían ser expulsados de sus parcelas por terratenientes empeñados en subir el precio del arriendo. A comienzos de la década de 1990, sin embargo, Mubarak aprobó una ley, en vigor en 1997, que permitía a los terratenientes hacer exactamente eso. Como resultado, se produjo una oleada de revueltas campesinas en los dos años siguientes, cuando decenas de miles de aldeanos se negaron al desahucio, incendiaron cultivos y atacaron a sus opresores. El gobierno envió fuerzas de la seguridad central que arrasaron aldeas enteras y contuvieron el descontento. Desde entonces, poco más se ha oído del campesinado. Si a los activistas de la oposición les era difícil llegar a los trabajadores, más aún contactar con el campesinado, forzosamente más despolitizado. Por consiguiente, no sorprende que en las tres cortas semanas del levantamiento, la población rural –aun aprobando tácitamente la revuelta– participara tan poco.

¿Hay diferencias regionales significativas en el campo?

Históricamente, el país siempre ha estado dividido en dos partes, el Bajo y el Alto Egipto: el primero abarca desde unos kilómetros al sur de la capital hasta el Mediterráneo, y contiene en torno al 85 por 100 de la población, mientras que el segundo se extiende hacia el sur, hasta Sudán. Esta región del sur, conocida habitualmente como el Sa'id, podría considerarse una versión egipcia de Sicilia, con tradiciones de honor familiar, *vendettas*, tráfico mafioso de armas y drogas. Al contrario que en el resto del país, la población rural tiende a estar armada y tiene sus propios motivos de queja contra el régimen. Aunque relativamente predominan los coptos, el Sa'id fue el más afectado por la militancia islámica desde finales de la década de 1970 hasta mediados de los noventa. Asimismo, el Estado ha enviado a menudo a sus gobernadores más duros al sur, para intentar poner la región bajo un control más recio, y al mismo tiempo ha invertido mucho menos

que en el norte, precisamente por su carácter insubordinado. Pocas lágrimas debieron de derramar allí por la defenestración de Mubarak.

B. EL RÉGIMEN

Mubarak se ha ido, pero los aparatos sobre los que descansaba su dictadura no han desaparecido. Las fuerzas armadas ejercen ahora el poder máximo, en forma de Consejo Militar Supremo. ¿Cómo debería caracterizarse el ejército egipcio y qué función es probable que desempeñe ahora?

Cuando un régimen tiene que llegar al poder por la fuerza militar, bien sea mediante un golpe de Estado o por conquista, deriva en una estructura tripartita, con una división del trabajo entre sus tres componentes, cada uno de los cuales cristaliza en tres instituciones separadas. El primer componente de este «triángulo de poder» consta de aquellos que ejercen el gobierno cotidiano a través de un aparato político, en general compuesto por una presidencia (o monarquía) y un partido dominante. El segundo componente consta de los oficiales del ejército, que manejan la represión interna mediante un complejo de seguridad de múltiples capas que incluye la policía, el servicio de espionaje y fuerzas paramilitares. El tercer grupo consiste en aquellos que vuelven a los barracones y siguen representando al ejército propiamente dicho. Con el tiempo, cada grupo desarrolla sus propios programas, que los observadores minimizan o combinan erróneamente. Porque las instituciones desarrollan sus propias identidades, forman sus propios intereses corporativos y modelan a sus miembros a su propia imagen. Así, en el caso de Egipto, analistas de todo el espectro político tienden a hablar de Mubarak, Omar Suleiman y Ahmed Shafiq como figuras militares, porque Mubarak era jefe de las fuerzas aéreas hace treinta y cinco años, Suleiman era general del ejército hace más de veinte años y Shafiq comandaba las fuerzas aéreas hace diez años. Pero este tipo de clasificación engaña. En cuanto pasan al aparato político o de seguridad del régimen, estos agentes ya no representan los intereses del ejército en cuanto institución.

Por temperamento y formación, el ejército no está particularmente inclinado a ejercer el gobierno directo ni la represión interna. Su interés tiende a radicar en mejorar su capacidad militar y su rapidez de combate en general, además de la posición económica de las fuerzas armadas en su conjunto. El cuerpo de oficiales se contenta a menudo, como en Turquía y Latinoamérica, con establecer un procedimiento político en el que haya partidos enfrentados, y después retirarse para actuar como guardián del sistema que acaba de crear: intervenir sólo cuando es necesario mediante advertencias o golpes «correctivos» limitados.

Muy diferente es la camarilla de seguridad, una criatura antinatural que únicamente puede prosperar en un ambiente autoritario. Si el régimen se democratiza, se desvalorizará por completo, y su influencia disminuirá.

Igualmente importante, sus miembros comprenden que los harán responder por las atrocidades cometidas; en comparación con el ejército, el aparato de seguridad está mucho más implicado en las conculcaciones de los derechos humanos y tiene muchas menos posibilidades de obtener una amnistía. Cuando hay un cambio democrático, los nuevos gobernantes temen enfrentarse al ejército, pero no dudan en mandar a juicio a los oficiales de seguridad. Por consiguiente, al contrario que el ejército, los órganos de seguridad siempre presionan para que continúe el régimen autoritario.

Los líderes políticos de este sistema están normalmente suspendidos en medio. Son vulnerables en la medida en que carecen de medios directos para reprimir a la población sin el apoyo del complejo militar o de seguridad. Al mismo tiempo, no requieren necesariamente un escenario ultraautoritario permanente; pueden seguir aferrándose al poder y al mismo tiempo hacer concesiones limitadas que conduzcan a una «semiliberalización» o «cuasiliberalización». Debido a estas disposiciones y capacidades diferentes, los tres componentes de este tipo de régimen cooperan y compiten entre sí, con unos intereses que se superponen y divergen constantemente, de acuerdo con la evolución interna o internacional. Lo que complica todavía más la imagen es que ninguno de estos componentes es de carácter monolítico; cada uno tiene sus propias subdivisiones y tensiones internas.

¿Los militares egipcios han personificado este esquema?

Con Nasser, como he mencionado, el ejército estaba originalmente a cargo de la represión interna. Pero tras la Guerra de los Seis Días, en 1967, el aparato político decidió que ya había tenido suficientes cambios de humor en las fuerzas armadas y empezó el proceso de aislar políticamente al ejército, con el pretexto de profesionalizarlo. Este proceso lo hizo avanzar en gran medida Sadat en los días anteriores a la Guerra de Octubre de 1973, y después de dicha guerra. Mubarak lo prosiguió en la década de 1980. El último líder carismático del ejército egipcio, el mariscal de campo Abd Al-Halim Abu Ghazala, fue destituido en 1989. A partir de entonces, las fuerzas armadas quedaron políticamente esterilizadas.

Hoy, el tamaño total del ejército es de unos 450.000 miembros. De ellos, unos 300.000 son reclutas. Todos los hombres egipcios son llamados a filas durante un año si tienen un título universitario y tres si no lo tienen, a no ser que dispongan de exención familiar (carecer de hermanos que cuiden a los padres) o médica. Los reclutas por lo general reciben poca instrucción militar; podrían acabar disparando un fusil unas cuantas veces, pero eso es todo. Básicamente desempeñan tareas logísticas y de «chicos para todo»: limpiar y barrer, entregar recados, comprar víveres para los oficiales. La verdadera fuerza del ejército radica en sus oficiales y suboficiales profesionales. Su posición dentro del sistema dominante, y la sociedad en general, es a menudo mal interpretada en el extranjero. Es mucho menos privilegiada de lo que muchos observadores imaginan. Políticamente hablando, con Muba-

rak, la fuerza del ejército era mucho menor que la del partido en el poder y los organismos de seguridad. También socialmente, la posición de los oficiales del ejército se ha depreciado, en comparación con la de sus homólogos de la policía o del P.D.N. Nadie los consideraba los dueños del país.

Económicamente, a los oficiales les garantizaron cierta autonomía; les dieron control sobre sus propias empresas y una buena cantidad de tierras, para mantenerlos dóciles. Sadat y Mubarak comprendieron que, si querían abrir la economía, no podían permitirse dejar el ejército a merced de las fuerzas de mercado; tenían que asegurarle la autosuficiencia. Por eso le concedieron proyectos que proporcionasen beneficios para financiar una vida decente a los oficiales: un coche, un piso, una casa de vacaciones, y similares. Pero esto no es un imperio económico al estilo del forjado por el ejército turco, por ejemplo. Es una empresa mucho más modesta. Las instalaciones militares están bastante destartadas en comparación con lo que se ofrece en los distritos caros de El Cairo. Los oficiales no se han enriquecido exageradamente. Lo que ganan en el ejército de tierra o en las fuerzas aéreas palidece en comparación con lo que gana un alto mando de la policía o un miembro del partido en el poder. Con Mubarak, el ministro del Interior acumuló 1.000 millones de dólares en su cuenta bancaria. El ministro de Defensa ni soñaba con tanto dinero.

Estratégicamente, además, pese a su moderno armamento, el ejército egipcio padecía una crisis de identidad. Después de la Guerra de Octubre, Sadat comprendió que, si quería evitar que las fuerzas armadas se frustrasen en exceso, tenía que darles una considerable satisfacción simbólica. Así que se aseguró de que Estados Unidos les proporcionase la instrucción y las armas más avanzadas, al igual que el prestigio de ser el décimo ejército más grande del mundo. Pero se han dado cuenta de que esto es sólo fachada y se sienten completamente ineficaces. No tienen capacidad para proyectar poder estratégico en ninguno de los países circundantes; no únicamente Israel, sino tampoco el resto de los vecinos de Egipto. Tras la Primera Guerra del Golfo, se habló de que las fuerzas egipcias participasen en el sistema de seguridad del Golfo –lo que se conoció como la Declaración de Damasco de 1991–, pero los estadounidenses se negaron, prefirieron solucionarlo mediante la instalación de bases propias en países del Golfo. Después surgió la cuestión de participar más activamente en la estabilización de Gaza o de Líbano. También quedó en nada. Pero fue la división de Sudán, semanas antes de la revuelta de enero, la que produjo ondas expansivas en todas las fuerzas armadas. Sudán ocupa un lugar central en la doctrina de seguridad nacional egipcia. La secesión del sur amenaza el control de Egipto sobre la cabecera del Nilo. Mas de nuevo le dijeron al ejército que ello era área de influencia estadounidense. Por lo tanto, se generalizó entre los oficiales el sentimiento de que uno se alista en el ejército para construir carreteras, dirigir explotaciones pesqueras o cualquier cosa no relacionada con las tareas militares. El primer capitán que fraternizó con los manifestantes de la plaza empezó quejándose de esto. ¿Qué hemos estado haciendo en realidad? ¿Cuál es nuestra misión? ¿Qué hemos hecho en Gaza o en Sudán?

Las pruebas de este mal se vieron tras la salida de Mubarak. Durante más de treinta años, desde la caída del sah, el régimen nunca permitió que buques iraníes, ya fuesen civiles o militares, atravesaran el Canal de Suez. Un mes después de la partida de Mubarak, el ejército egipcio daba paso a dos buques de guerra iraníes con destino a Siria, negándose a cumplir las exigencias de Estados Unidos e Israel para que impidiese el paso o como mínimo efectuase un registro. Los militares no tienen intención de quemar sus puentes con ninguno de estos dos países. Simplemente enviaban el mensaje de que serán ellos los que decidan cuál es el interés nacional, como hace el ejército turco, por ejemplo. Dieron otros pasos en esa dirección a mediados de marzo, cuando el Consejo Militar Supremo envió al nuevo director de Inteligencia General a Siria y Catar para analizar formas de mejorar las relaciones estratégicas. Por supuesto, Siria y Catar, en concierto con Turquía e Irán, forman parte de un nuevo bloque de poder regional que intenta garantizar una autonomía relativa frente a la agenda occidental, sin necesariamente enfrentarse a ninguna de las principales potencias occidentales.

En todo esto no hay señal –todavía– de que existan divisiones serias dentro del aparato militar egipcio. Si hubiese habido fracturas reales entre los rangos superiores y los inferiores durante la revuelta popular, habríamos visto indicios: los rangos inferiores, por ejemplo, desafiando las órdenes de poner fin a las manifestaciones. O habríamos visto a docenas de soldados y suboficiales rompiendo filas y uniéndose a las manifestaciones, esa confraternización a gran escala que ocurrió durante la Revolución iraní, por ejemplo. No hemos observado nada de eso en Egipto. Por ahora, el ejército mantiene una voz unificada, en todos los cuerpos y en todos los rangos.

¿Cómo se conectaron el aparato político y el militar entre sí en tiempos de Mubarak?

A partir de 1967, el presidente es el comandante en jefe de las fuerzas armadas. Nombra al ministro de Defensa, a los comandantes de los distintos cuerpos, y al estado mayor. También tiene directamente bajo sus órdenes a la Guardia Republicana, a la que la prensa denomina la Guardia Presidencial, que forma un quinto cuerpo junto con el Ejército de Tierra, la Armada, las Fuerzas Aéreas y la Defensa Aérea. La Guardia mantuvo un tamaño bastante pequeño durante una década y media desde su creación, en 1953, con un número que no superaba varios cientos de hombres. Cuando Nasser empezó a marginar políticamente al ejército, tras la derrota de 1967, aumentó este cuerpo de elite al tamaño de batallón; Sadat después lo amplió a una brigada de unos 15.000-30.000 soldados –las cifras no son concretas– equipados con armamento pesado. Al contrario que otras unidades militares, la Guardia no está estacionada en cuarteles fuera de la ciudad, sino alrededor de los diferentes palacios presidenciales, y su comandante siempre ha sido elegido por la especial lealtad al gobernante. El 11 de febrero, los manifestantes temían que Mubarak movilizase a la

Guardia para sofocar la revuelta. Pero al final ésta se puso del lado del resto del ejército, no del presidente.

¿Cuál es la diferencia entre las fuerzas de seguridad y el ejército regular?

Cuando Nasser llegó al poder, encargó a uno de sus colaboradores más cercanos, Zakaria Mohieddin, que convirtiese la Sección Especial del Ministerio del Interior, creada por los británicos, en el Departamento General de Investigaciones, responsable de vigilar y evitar cualquier actividad política, con ayuda del recientemente creado Servicio de Inteligencia General. Pero el ejército decidió apoyar la tarea de mantenimiento del régimen. Bajo su carismático comandante, el mariscal de campo Amer, los departamentos de Inteligencia Militar, Policía Militar y Prisiones Militares influyeron enormemente en la seguridad interior. Tras la guerra de 1967, cuando Nasser intentó reducir el tamaño del ejército, el departamento de Inteligencia Militar quedó reducido al espionaje de ejércitos de otros países; Inteligencia General fue redirigido al espionaje exterior y la contrainteligencia interna (contra agentes enemigos en Egipto); mientras que el Departamento de Investigaciones Generales quedó encargado del control exclusivo de la represión interna.

Después Nasser decidió que necesitaba otro organismo para controlar las calles y creó las Fuerzas Centrales de Seguridad, basadas, como el ejército, en el reclutamiento forzoso, y en la misma escala: 300.000 soldados. Su trabajo sería mantener el orden y proteger lugares estratégicos: el edificio de televisión, los ministerios, el Parlamento, embajadas extranjeras y bancos. La represión interna tenía entonces una cabeza y un brazo: la cabeza era el Departamento General de Investigaciones y el brazo eran las Fuerzas Centrales de Seguridad. Sadat ascendió al primero para convertirlo en el Servicio de Investigaciones de Seguridad del Estado —nuestro propio ss— y también aumentó las Fuerzas Centrales de Seguridad. Con Mubarak, se ha calculado que el personal total dedicado a la represión interna alcanzó la impresionante cifra de 2 millones de operativos. De ellos, sin embargo, millón y medio eran matones contratados o informadores sin uniforme ni rango, a menudo personas con expediente delictivo que habían establecido pactos con las autoridades; no forman parte ni de la policía propiamente dicha ni de las fuerzas centrales de seguridad ni del ss. Por consiguiente, aunque la cifra total está muy inflada, el que anduviese por ahí tanta gente con relaciones sombrías con la policía ha aterrorizado a los ciudadanos.

Si se excluye a éstos, nos queda un aparato de seguridad de aproximadamente 400.000 miembros, de los cuales 300.000 son reclutas armados con porras, pero dirigidos por una elite a la que en general se hace referencia como las Fuerzas Especiales, equipadas con vehículos acorazados, balas de goma, mangueras y gas lacrimógeno para el control de disturbios. Hay asimismo unos 70.000 policías propiamente dichos, encargados de las drogas, el vicio, el turismo, etc. Por último, el ss, la fuerza más letal, cuenta con unos

3.000 agentes que disponen de las tecnologías más modernas para detectar la disensión política y torturar a los detenidos.

Y respecto a la organización de partido de la dictadura, el PDN, en estrecho contacto con el nuevo laborismo, el PS, el SPD y el resto de la socialdemocracia europea, sus compañeros de la Internacional Socialista, ¿qué tipo de estructura es?

En 1953, Nasser, que en aquel momento no era todavía primer ministro, decidió formar lo que denominó Concentración para la Liberación: un movimiento de masas inconexo que debía socavar y después sustituir a todas las demás fuerzas políticas del momento. Cinco años después, la convirtió en la Unión Nacional, para que organizase manifestaciones de apoyo al régimen, reuniese los votos necesarios si hacían falta elecciones y referendos y en general actuase como caja de resonancia del presidente en la sociedad. Encomendó a algunos de sus lugartenientes más próximos la tarea de crear este partido, que en 1962 se había convertido en la Unión Socialista Árabe. Amer había resultado imposible de eliminar como jefe del ejército y Nasser quería complementar su propio carisma y popularidad con una organización política firmemente establecida, que sirviera de contrapeso al ejército. En teoría, el objetivo era movilizar a las masas, pero en la práctica la Unión Socialista Árabe sencillamente se introdujo en las estructuras de poder existentes en el campo, donde seguían viviendo tres cuartas partes de la población egipcia, atrayendo a los medianos terratenientes, que económicamente eran las cifras dominantes en las aldeas, para sumar votos de los campesinos.

En las ciudades, Nasser había confiado en los capitalistas durante toda la década de 1950, pero ellos evitaban invertir porque desconfiaban del ejército. Con la oleada de nacionalizaciones de 1961, la mayoría de estos capitalistas pasó a formar parte de la maquinaria estatal. El ejemplo más famoso es el de Osman Ahmed Osman, el magnate de la construcción y hombre más rico del país. Cuando su empresa fue nacionalizada, se convirtió en director gerente de la misma, trabajando para el Estado. Una vez incorporada a la burocracia, esta capa social se convirtió también en un componente clave de la Unión Socialista Árabe. Naturalmente, no había en ella nada de socialista, ni nada relacionado con la movilización de masas. La función del partido era simplemente atraer a la burocracia y a los trabajadores del sector público, por una parte, y a los campesinos, por otra, al apoyo clientelista del régimen.

Ésta fue la estructura heredada por Sadat en la década de 1970. Hacia finales de dicha década, éste decidió crear una fachada democrática, permitiendo a algunos izquierdistas crear el partido Tagammu, y a otros con tendencias más liberales operar con los partidos Wafd y Liberal, como decoración de un sistema en el que el partido en el poder cambió su nombre a Partido Democrático Nacional en 1978, exactamente con las mismas redes caci-

quistas de antaño. A su debido tiempo, Mubarak se hizo con él. Pero a finales de la década de 1990, con una economía abierta y un régimen dispuesto a atraer inversión exterior, hacía falta otro lavado de cara. Ahí es donde entró Gamal Mubarak. Su círculo lo convenció de que podía cambiar el PDN eludiendo a los tecnócratas que lo dirigían, y que en general se habían enriquecido con sobornos y comisiones como intermediarios, para escuchar a verdaderos empresarios más jóvenes, mejor preparados y, más importante, vinculados con los centros capitalistas mundiales. Ellos podían infundir al PDN «nuevas ideas» para hacerlo más atractivo y, al mismo tiempo, ofrecer a Gamal una plataforma para sus ambiciones presidenciales.

Mubarak, que deseaba traspasar el bastón de mando a su hijo, respaldó la creación del Comité de Política, convertido en el nuevo núcleo del partido, a expensas de sus patriarcas tradicionales. Uno de éstos, Kamal El-Shazly, famosamente retratado en una novela muy vendida, *El edificio Yacobián*, murió muy oportunamente. A otro, Safwat El-Sherif, lo catapultaron hacia arriba, nombrándolo secretario general del partido. De ese modo, el cambio produjo egos heridos, pero no verdaderas divisiones en el PDN. Tanto la vieja guardia como la nueva estaban juntas en el mismo barco, un barco formidable, por cierto. El PDN tenía millones de afiliados nominales, de los cuales tal vez dos millones participasen activamente. Un joven empresario que deseara salir adelante, o un pequeño comerciante que no quisiera ser acosado por la policía, debían afiliarse al partido. Por consiguiente, muchos de los afiliados lo eran por acomodación, pero sin convicción. Sin embargo, eso no debería hacer perder de vista el que muchos tienen mucho que perder si se disuelve el PDN.

Ha efectuado usted una clara descripción del triángulo de poder sobre el que descansaba la dictadura. Pero, por supuesto, había otro poder decisivo del que dependía, fuera del país. Estados Unidos era el garante último del régimen, desde el momento en que Washington salvó a Sadat del cerco israelí en 1973, cuando el ejército de Israel estaba a punto de eliminar a los ejércitos egipcios en el Sinaí y repetir su victoria aplastante de 1967. El precio de ese rescate fue Camp David y la conversión de Egipto en un pivote del sistema estratégico estadounidense en Oriente Próximo. El levantamiento popular contra Mubarak puso a Estados Unidos en alerta roja y está muy claro que la decisión final del ejército de abandonarlo la tomó en consulta con la Casa Blanca, por no hablar del Pentágono. ¿Cómo describiría usted la relación de los diferentes componentes del régimen con sus patronos estadounidenses?

A partir de la década de 1980, tres instituciones mantenían una interacción regular con Estados Unidos: el servicio de espionaje exterior, el ejército y la presidencia. El Servicio de Inteligencia General, a las órdenes de Omar Su-leiman, era, por supuesto, después del Mossad, el socio principal de la CIA en Oriente Próximo, y colaboraba directamente con ella para manipular a la OLP, asfixiar a Hamas y torturar a prisioneros en el sistema de rendición es-

tadounidense. Tras el 11-S, su importancia para Langley aumentó, como es natural. Suleiman era probablemente el gobernante egipcio más valioso para Washington. Mubarak podía ser lento y terco, pero Suleiman no era ninguna de las dos cosas, y tanto las autoridades estadounidenses como las israelíes lo consideraban el mejor sucesor posible al gobierno del país.

En el aspecto político del régimen, a partir de los tiempos de Sadat, siempre ha habido un estrecho contacto entre los presidentes de ambos países, con muchas visitas de Estado mutuas, desde que Egipto se convirtió en «firme aliado regional» de Estados Unidos. En su viaje a Oriente Próximo, Obama hizo la primera parada en El Cairo, donde pronunció el discurso que le valió el Nobel de la Paz; y dos meses después brindaban por Mubarak en Washington. Junto con este tradicional alineamiento diplomático, se produjo un aumento de los lazos comerciales. Sadat dijo abiertamente que su mejor amigo era David Rockefeller, de quien tomó las ideas acerca de cómo modelar la economía egipcia. El presidente intervino para introducir primero Chase Manhattan, después Boeing, Westinghouse, GM y otras multinacionales estadounidenses en Egipto. Antes de que terminasen los años ochenta, la Cámara de Comercio estadounidense en Egipto era el grupo de presión empresarial más fuerte del país. Las «visitas de propaganda» a Estados Unidos se hicieron constantes. Cada presidente que visitaba Estados Unidos iba acompañado por un gran séquito de empresarios y funcionarios del partido en el poder, que visitaban los diferentes *lobbies* de Washington y, tras la partida del presidente, se dispersaban por el país en busca de contratos e inversores. Estas conexiones se estrecharon mucho cuando Mubarak nombró en 2004 el gobierno de empresarios dirigido por Ahmed Nazif, un gobierno recibido con entusiasmo por Wall Street. También las grandes empresas estadounidenses podían ganar mucho con este equipo neoliberal de El Cairo, mientras que la elite de las nuevas empresas que se hicieran fuertes en el PDN podía esperar beneficios saludables gracias a un aumento de las inversiones estadounidenses y al cambio de la política de ayudas estadounidenses debatido en ese momento. La ayuda civil entre 850 y 1.000 millones de dólares, que en el pasado siempre había sido desembolsada al Estado egipcio, sería ahora redirigida al sector privado, para proyectos en los que éste es famosamente más eficiente y menos corrupto, como sabe todo economista de derechas. Naturalmente, habría unas decentes tarifas de asesoría estadounidenses, y habría asesores estadounidenses a mano para garantizar que se instauraban unas condiciones políticas adecuadas (Washington tiene, de hecho, cientos de ellos operando como una especie de gabinete de sombra colectivo en Egipto). Existe, por lo tanto, una mezcla de intereses mutuamente rentables entre las multinacionales estadounidenses y las grandes empresas egipcias, que se extiende a las clases políticas de ambos países.

En cuanto al ejército, no hace falta decir que las relaciones con el Pentágono han sido extremadamente cercanas. Flujos anuales de más de 1.000 millones de dólares en armas e instrucción –más que a cualquier otro ejército del mundo, excepto Israel– hablan por sí solos. Otra cosa es que con

eso Estados Unidos haya conseguido comprar una fidelidad incondicional. El Pentágono tiene una inversión vital en sus relaciones con el ejército egipcio, para mantener el control estratégico de Oriente Próximo, y sin duda los lazos personales entre los altos mandos de ambos ejércitos son a menudo muy próximos. Pero eso no significa que los oficiales egipcios sean juguetes de Washington. Tienen su propia perspectiva del mundo, e intereses corporativos que considerar. Una vez comenzada la revuelta de este año, está muy claro que el mensaje del Pentágono era, en el mejor de los supuestos, que Mubarak se quedase hasta septiembre y después lo dejase con elegancia, o –todavía mejor– que Omar Suleiman se hiciera con el poder. Está igualmente claro que en algún momento el ejército egipcio les dijo a los del Pentágono que ya no era posible: tenéis que soltar amarras; si queréis evitar el caos, frenar una toma de poder islamista, prevenir cualquier desestabilización que pudiera afectar a Israel, debemos privar al presidente del poder. Al final, Estados Unidos asintió. Y ciertamente, aunque el ejército consultó con Washington, yo pienso que tomó una decisión racional por razones propias.

C. EL PRIMER MES

El Consejo Militar Supremo, reunido el 10 de febrero, fue el organismo que tomó la decisión. ¿Qué categoría tiene, quién lo compone y cómo funciona?

El Consejo se reúne, en teoría, cuando el país está en guerra. Por lo tanto, fue convocado en 1967 y 1973, siempre presidido por el comandante en jefe de las fuerzas armadas, es decir, Nasser en el primer caso y Sadat en el segundo. Por eso, cuando el Consejo se reunió el 10 de febrero sin Mubarak y un analista militar explicó en televisión que se había reunido por decisión propia, sin invitación del comandante en jefe y sin su presencia, fue el equivalente a un motín, y anunciaba que el régimen de Mubarak había acabado.

Desde entonces, el Consejo se mantiene en sesión permanente y se reúne en el Ministerio de Defensa. Está compuesto por el ministro de Defensa, el jefe del Estado Mayor, los jefes máximos de los cinco cuerpos del ejército, de los cinco distritos militares en los que se divide el país, y los jefes de cada uno de los departamentos especializados: inteligencia, jurídico, etcétera. Pero podemos estar seguros de que son los primeros doce los que deciden. Que sepamos, las decisiones se toman colectivamente, por consenso. Hasta ahora, el Consejo ha tenido cuidado de rotar a sus miembros como portavoces, para evitar la impresión de que está dominado por uno o dos de ellos.

El presidente del Consejo, el ministro de Defensa Tantawi, ha sido durante mucho tiempo aliado de Mubarak y no hace mucho los oficiales de rangos intermedios lo denominaban su «perrito faldero», de acuerdo con los

despachos estadounidenses revelados por Wikileaks. ¿Cómo evaluaría usted su actual papel?

Tantawi era jefe de la Guardia Republicana, encargada de proteger al presidente, antes de convertirse en ministro de Defensa. Como ministro, llevaba dos chaquetas, una perteneciente al mando militar, la otra al aparato político que rodeaba al presidente, aunque desde tiempos de Sadat el ministro de Defensa no puede ser técnicamente miembro del P.D.N. Ciertamente, es un socio cercano de Mubarak, pero comprendió que debía abandonarlo y por eso se quitó la chaqueta política y decidió unirse al resto del ejército. Dicho esto, Tantawi es un anciano –tiene setenta y cinco años– y no está claro cuánta autoridad mantiene en el Consejo Militar Supremo.

¿Sería correcto decir que el punto de inflexión desde la caída de Mubarak ha sido la expulsión del primer ministro, Ahmed Shafiq, otro íntimo, a quien nombró para sofocar la revuelta, y cuyo cese el Consejo Militar Supremo se vio obligado a aceptar –ciertamente, no por iniciativa propia– el 3 de marzo?

Shafiq era un general de aviación que declaraba con orgullo que Mubarak le había enseñado a volar y otras muchas habilidades. Mubarak lo nombró comandante de las fuerzas aéreas y siempre han sido amigos íntimos; muchos, de hecho, dicen que están emparentados por matrimonio. Cuando se retiró del ejército, Mubarak lo nombró ministro de Aviación Civil, un cargo que podía reportar enormes beneficios económicos, con un gran aeropuerto internacional nuevo, la renovación de las aerolíneas nacionales egipcias, etcétera. Por consiguiente, era un político civil que llevaba casi una década de adorno en el partido dominante cuando lo nombraron primer ministro. Su trabajo fue pésimo. Se burló de los manifestantes, calificando la plaza de Tahrir de imitación de Hyde Park Corner, diciendo que habría que darles caramelos y chocolatinas. Pero en lugar de eso se produjo un brutal ataque de matones policiales el 2 de febrero. Su promesa de justicia rápida quedó en nada y es bien sabido que insultaba a los periodistas que le planteaban preguntas incómodas. Tras declarar con rotundidad que Mubarak nunca dimitiría, aclamó la «gran revolución» del 25 de enero. Además, se hizo público que Shafiq seguía en contacto con Mubarak, cuando éste se encontraba en su refugio de lujo en Sharm el-Sheikh.

El 2 de marzo, Shafiq apareció como primer ministro en un programa de debate junto a Naguib Sawiris, el millonario de las telecomunicaciones copio y liberal mecenas artístico, una especie de George Soros egipcio, al popular presentador Hamdi Kandil (no hay parentesco) y al novelista Alaa Al-Aswany, autor de *El edificio Yacobián*. Allí le recriminaron públicamente el asalto a la plaza el 2 de febrero, y el que no hubiera hecho responder a nadie por los muertos y los heridos a manos de la policía durante el levantamiento (que los últimos informes calculan en 685 muertos y más de 5.000 heridos). Al-Aswany le preguntó cómo podía ser que Mahmoud

Wagdy, su nuevo ministro del Interior –nombrado durante la revuelta y confirmado por Shafiq tras la partida de Mubarak–, siguió afirmando que habían sido francotiradores extranjeros los que habían matado a los manifestantes y que la policía había hecho un trabajo estupendo. Perdiendo los nervios, Shafiq gritó: «¡No se ponga usted el velo del patriotismo cuando me hable!». Kandil le dijo tajantemente que era un sinvergüenza, por seguir en su puesto cuando la población claramente lo rechazaba. Veinticuatro horas después de esta conversación delante de todo el país, estaba fuera.

Este extraordinario episodio suscita la pregunta más general sobre la importancia de los distintos medios de comunicación –televisión, prensa escrita, radio y redes sociales– antes, durante y después de la revuelta. ¿Podría decir algo al respecto?

Durante cuarenta años, todos los medios de comunicación estuvieron controlados por el Estado, bajo lo que Nasser denominó primero el Ministerio de Guía Nacional y posteriormente Sadat rebautizó como Ministerio de Información. Pero en la década de 1990, por la confianza que he descrito en que no quedaba ninguna oposición seria, Mubarak permitió la aparición de medios independientes –cierto número de periódicos, canales de televisión por satélite y un cine independiente muy fuerte– que criticaban abiertamente al presidente, a su familia y el estado del país. Sólo había unas cuantas líneas rojas que no podían cruzarse. A menudo a los extranjeros les sorprende que una película como *El edificio Yacobián* pudiera hacerse en Egipto, pero hay otras muchas películas igual de críticas con el régimen; algunas, más incluso. ¿Cómo fue esto posible? En buena medida, la actitud del régimen fue la de que, sin una oposición organizada, todo esto no sería más que cháchara. Incluso podría resultar útil como válvula de seguridad: permitir que la gente se desfogase de vez en cuando podría ser mejor para el sistema. Pero la historia también era importante. Las primeras películas egipcias aparecieron ya en la década de 1920. La televisión egipcia, que empezó a emitir en 1960, fue la primera del mundo árabe. Había una larga tradición cultural en el país, con la que no podía compararse ninguna de las del Golfo, por ejemplo. En consecuencia, era difícil mantener controladas las nuevas tecnologías de radiodifusión por satélite e internet. El régimen decidió que era más prudente permitir la expresión dentro de ciertos límites negociados.

Políticamente, las tertulias televisivas se convirtieron en la forma más importante del nuevo paisaje. Las emiten por la noche en los canales por satélite independientes, con moderadores muy prestigiosos, y durante dos a tres horas, a veces incluso más, conversan y debaten sobre todo lo ocurrido durante el día. Hay cuatro o cinco, a las que los egipcios se unen cada noche para hacerse una idea general del estado del país. Hacia el final, por supuesto, el régimen empezó a convertirlas en blanco, prohibiendo algunas y templando otras. Pero no llegaron a eliminarlas y, por consiguiente, fueron fundamentales durante la revuelta, y siguieron siéndolo después. En el extranjero, se tiene la impresión generalizada de que Facebook fue el principal medio de co-

municación en la revuelta, y ciertamente fue fundamental para la generación más joven en los primeros días de protestas. Pero para la mayoría de los egipcios corrientes, las tertulias informativas eran mucho más accesibles. Una vez en marcha la revuelta, invitaban a los manifestantes a acudir a los programas, entrevistaban a policías, periodistas, empresarios, y servían de foro de debate abierto. Las repercusiones fueron tremendas.

Una vez expulsado Mubarak, el ejército cedió por fin a las demandas populares y abolió el Ministerio de Información. De un día para otro, los medios estatales han cambiado su tono a velocidad cómica y han empezado a denunciar al ex presidente y su familia, y a cantar las alabanzas del movimiento que lo derrocó. Pero no tienen ninguna credibilidad. Son los programas de debate independientes los que conservan la atención de la ciudadanía. Los organizadores de los grupos juveniles han sido recibidos en ellos, los miembros del comité para enmendar la Constitución han explicado en ellos su trabajo, los representantes del Consejo Militar Supremo han aparecido en un programa de cuatro horas, contestando llamadas en las que los espectadores preguntaban qué están haciendo; también han aparecido los líderes de los Hermanos Musulmanes y de otros grupos opositores; en resumen, todos los actores de este drama político en marcha. La gente no sólo ve estos programas para tomar el pulso de lo que ocurre en el país, sino que los propios programas se convierten en acontecimientos políticos, como en el reciente episodio con Shafiq.

Y, respecto al gobierno que ha reemplazado al de Shafiq, ¿cuál es su carácter?

El nuevo primer ministro, Essam Sharaf, es ingeniero y catedrático en la Universidad de El Cairo. Fue brevemente ministro de Transportes en el gobierno de Nazif en 2004, pero dimitió por conflictos con dicho gobierno. Durante la revuelta, se presentó en la plaza para expresar solidaridad con los ocupantes y por eso fue uno de los nombres propuestos por los manifestantes al Consejo Militar Supremo para encabezar el gobierno. De los tres ministerios más importantes, la cartera de Asuntos Exteriores la ocupa Nabil El-Araby, diplomático que acompañó a Sadat a Camp David y disintió de su acuerdo con Begin, y después hizo carrera en varias comisiones de Naciones Unidas y en la Corte Internacional de Justicia. El ministro del Interior, Mansour Al-Essawi, es general de policía de una de las partes más meridionales del Sa'id, conocido por sus esfuerzos para luchar contra la corrupción, que vivía por temporadas en París, alejado del régimen. Ya ha dimitido el ss. El ministro de Justicia, Mohamed Abdelaziz El-Guindy, es un juez de mentalidad independiente, ex fiscal general; el ministerio es políticamente fundamental, ya que está a cargo de la supervisión electoral. Otras dos figuras significativas son Samir Radwan, de Hacienda, y Gouda Abdel-Khaleq, de Seguridad Social, ambos profesores de Economía con claras tendencias de izquierda; de hecho, Abdel-Khaleq es miembro de Tagammu, el Partido Comunista autorizado.

¿Pertenece, por consiguiente, a la tradición que colaboraba con Mubarak?

Cuando los Oficiales Libres tomaron el poder, en 1952, había tres organizaciones comunistas en Egipto: el Partido Comunista Egipcio, el Partido de la Vanguardia Obrera y el Movimiento Democrático para la Liberación Nacional. Este último se unió a Nasser desde el principio; pero los otros dos no, y fueron reprimidos por él. Al fin, en la década de 1960, el presidente liberó a sus miembros de la cárcel con la condición de que todo el movimiento comunista se disolviese y se uniera a la Unión Socialista Árabe. Su plan era el de atraer a la elite intelectual comunista, usándola para sus fines en cargos oficiales, y librarse por completo de los militantes de base. Esta situación se mantuvo hasta la década de 1970, cuando Sadat pidió al único veterano de los Oficiales Libres que siempre había estado cerca de los comunistas, Khaled Mohieddin, purgado por Nasser en el '54, que formase un partido para reunir los restos de esta tradición, como leal oposición menor al PDN. Así, Mohieddin formó el Partido Unionista Progresista Nacional o Tagammu, como refugio respetable para los intelectuales izquierdistas de este origen. En 2003, Mohieddin dimitió y el nuevo líder del partido, Refaat El-Saeed, llegó a un acuerdo con Mubarak, con el pretexto de que el enemigo común de ambos era el islamismo. Por consiguiente, a lo largo de los noventa y en la primera década de este siglo, el comunismo egipcio estuvo completamente alineado con el gobierno. Pero lo que queda de él sigue conteniendo intelectuales de cierta competencia profesional, de los cuales los dos que ahora mismo están en el gobierno son buenos ejemplos.

¿Por qué no se han levantado aún las detestadas leyes de emergencia, ahora que Mubarak se ha ido?

Los militares prometen que se rescindirán en cuanto haya un presidente y un Parlamento nuevos. Sin embargo, lo cierto es que estas leyes llevan en vigor casi continuamente desde 1948. Las leyes de emergencia son en cierto sentido una formalidad, un símbolo de un estado de cosas, más que del estado en sí. El verdadero problema es la cultura de los policías: la ley, de emergencia o de otro tipo, no existe para ellos. Han acabado por suponer que pueden hacer lo que quieran: pincharte el teléfono, registrarte la casa, encarcelarte, golpearte. Al día siguiente de que se rescindan las leyes de emergencia uno puede seguir teniendo un policía que lleva veinte años patrullando y no entiende por qué necesita una orden judicial para pinchar el teléfono de un sospechoso de traficar con drogas, o por qué a un sospechoso que no quiere hablar no se le puede abofetear ni electrocutar. No ve estas cosas porque ésa es la única forma de actuar que conoce.

La ira popular ante esta opresión cotidiana es muy profunda. Un incidente acaecido hace unas semanas en Maadi, una parte muy rica de El Cairo, puede darle una idea de las tensiones que crea. Un joven policía se metió en una discusión de tráfico con un conductor de autobús. Se enfadó, sacó la pistola y le disparó al ciudadano en el brazo. En lugar de apartarse, en

esta ocasión los viandantes se enfurecieron tanto que atacaron al policía y lo golpearon casi hasta matarlo. Esto es lo que ocurrirá con toda probabilidad, mientras persista esta cultura de violencia policial arbitraria. Es necesario abolir las leyes de emergencia, pero lo que más ayudará a establecer un cambio es el empoderamiento de la población civil.

En Túnez, el partido en el poder ha sido declarado ilegal. En algunos aspectos, la dictadura de Ben Ali era incluso más represiva que la de Mubarak; pero como partido en el poder, el PDN se parecía mucho al Neo-Destour. ¿Cuáles son ahora sus perspectivas?

Prohibir el partido en el poder se quedaría en gran medida en un acto simbólico, porque mientras no se produzca un cambio radical en el paisaje socioeconómico, las fuerzas que se refugian en él acabarán reagrupándose en un cuerpo distinto. Aunque ciertamente, si ahora se disolviera el partido, o si a sus líderes se les prohibiese presentarse a las próximas elecciones pero se les permitiera reagruparse dentro de unos cuatro años, es posible que al final del proceso tuviéramos una organización reformada en mayor profundidad. Pero con toda probabilidad retendría considerable fuerza electoral, conservando fuertes redes clientelares, y manteniéndose como un importante actor económico y político.

¿Y si le retirasen sus activos?

El PDN no tiene muchos activos directamente a su nombre. Lo que posee son dos bases importantes. Una es su control de la burocracia, equivalente a seis millones de personas que han sido unos partidarios y votantes dispuestos, cuyo presupuesto ha aportado un flujo constante de dinero a las arcas del partido y cuyos servicios están siempre a su disposición. Eso el PDN lo perderá. Su otra base no desaparecerá con tanta facilidad, porque comprende a empresarios del sector privado y terratenientes ricos que tienen sus propios activos, y que los han usado para apoyar al partido y para aprovecharse de él, garantizando la rentabilidad de la inversión. A menos que se les confiscara su riqueza, tendrán medios para volver. El punto crítico será la sustracción de la burocracia al PDN. Está por ver en qué medida se logrará. El partido posee muchas redes informales que ha ido forjando a lo largo del tiempo. ¿En qué medida es posible deshacerlas?

Cuando se convoquen elecciones, ¿es probable que el partido en el poder obtenga buenos resultados?

Si le permiten presentarse a las elecciones este año, ciertamente sí. Los optimistas calculan que el PDN podría obtener un tercio de los escaños, los Hermanos Musulmanes otro tercio, y los demás el tercio restante. Una opinión más pesimista calcula que el PDN y los Hermanos se repartirán entre sí el 80

por 100 del electorado. E incluso en la perspectiva más optimista, si el PDN fuese prohibido, candidatos que se presentasen como independientes, pero representando de hecho al viejo orden, probablemente obtendrían un tercio de los escaños parlamentarios o más. Las fuerzas que de hecho han echado abajo la dictadura constituirán una minoría en la asamblea parlamentaria.

Con independencia de la forma que adopte la Constitución, parece que el presidente tendrá competencias muy extensas. ¿Podemos suponer quién tiene posibilidades de conseguir el cargo?

Por supuesto, no será alguien demasiado relacionado con el partido en el poder. Por ahora hay varios candidatos. Uno es Amr Moussa, secretario general de la Liga Árabe, un tanto marginado por el régimen en años recientes, pero ministro de Exteriores de Mubarak durante una década. El-Baradei es otro contendiente importante, mucho menos asociado con la dictadura. También está en liza el magistrado Hisham Al-Bastaweissy, firme crítico del régimen, y desde hace mucho tiempo defensor de la independencia judicial. Algunos hablan de Mohamed Abdul Salam Mahgoub, coronel de la inteligencia militar considerado un buen gobernador de Alejandría, donde alcanzó tanta popularidad que fue ascendido a director del secundario Ministerio de Desarrollo Local. Por consiguiente, no se considera parte de la cohorte principal del partido en el poder. Los Hermanos Musulmanes han dicho que no presentarán candidato, pero aquel a quien apoyen tendrá una sólida base de votantes.

¿Qué dirección política podrían tomar los Hermanos Musulmanes, ahora que han salido de la clandestinidad?

Estamos en un punto en el que todos los grandes actores se están redefiniendo, en una situación completamente nueva. Hay muchas razones por las que los Hermanos pueden resultar más débiles que antes. La más importante es que su principal fuerza nacía de que levantaba el estandarte de la oposición hacia el régimen brutalmente autoritario, y muchos de sus militantes han sido torturados o han muerto en prisión. Pero, incluso en una democracia limitada, ya no hacen falta mártires. La otra gran fortaleza de los Hermanos Musulmanes consistía en que en un sistema muy corrupto, que poco o nada proporcionaba a los pobres, sus servicios de asistencia ofrecían una asistencia y una solidaridad realmente fundamentales. Pero ese atractivo también descenderá si tenemos un gobierno que por primera vez responda a las necesidades de la ciudadanía.

Está, además, el conflicto interno entre la vieja y la nueva guardia. La vieja guardia la componen aquellos que se han pasado la mayor parte de su vida en la cárcel. Su principal reivindicación de autoridad es que saben trabajar en la sombra, sosteniendo un movimiento clandestino, mientras que los jóvenes reformadores idealistas, no. Pero cuando el trabajo político pasa a la legalidad,

este argumento de reserva falla. En ausencia de un peligro mortal, ya no es creíble mantener que lo arruinarás todo si dejas el partido. Los Hermanos Musulmanes pueden convertirse en un actor importante, pero no como la organización que hemos conocido hasta ahora. Tendrían que convertirse en un partido de otro tipo, con una identidad islámica más vaga, quizá como el AKP turco.

¿Y la Coalición 25 de Enero y las diversas fuerzas surgidas de la revuelta?

Era un frente heterogéneo y todavía no da señales de ser capaz de consolidarse en un único partido político. De hacerlo, el peso crítico del mismo sería liberal. Pero a estos liberales les resultaría difícil permanecer junto a izquierdistas e islamistas. Por consiguiente, es más probable que tengamos una organización mayoritaria muy liberal, con grupos izquierdistas y grupos reformistas islámicos a su lado. Hacia allí parecen evolucionar las cosas, dispersando el potencial del movimiento. La esperanza de que pudieran alzarse sobre sus diferencias para formar un partido verdaderamente radical parece irrealista. Disienten en muchas cuestiones básicas. En cooperación, tal vez consiguieran reunir un tercio de los votos, pero eso en el mejor de los casos.

¿Quiénes son los liberales en el Egipto de hoy, y cuál es su perspectiva?

Los reunidos en torno a Mohamed El-Baradei y el partido con el que él está más asociado, el Frente Democrático, pueden muy bien ser catalogados de liberales, al igual que aquellos que orquestaron en Facebook los llamamientos a la revuelta. También los partidarios de Ayman Nour y el partido El-Ghad, creado por él antes de que lo encarcelasen. Muchos organizadores de esta área de opinión proceden del Wafd histórico, el partido del nacionalismo liberal durante la monarquía, el cual parece estar resurgiendo. En los medios de comunicación y entre los intelectuales –de hecho, en la cultura en general– hay ahora mucha nostalgia por la época en la que el Wafd era la principal fuerza política del país. Desde hace cinco o seis años, se experimenta una especie de fijación por el Egipto de las décadas de 1920, 1930 y 1940, una idealización del periodo como una utopía liberal, que se ha generalizado mucho en la novela y en el cine. Al-Aswany es uno de los principales ejemplos. Una de las ventajas que los islamistas poseían radicaba en la imagen cautivadora del profeta y su vida en Medina, otra utopía a la que volver. Ahora es la edad de oro de los años veinte la que captura la imaginación egipcia. Todos los candidatos presidenciales evocan esta imagen de un pasado mejor, más abierto y cosmopolita.

D. PERSPECTIVAS

¿Cómo debe evaluarse el referendo sobre las enmiendas a la Constitución?

El Consejo Militar Supremo ha creado un comité para proponer enmiendas a la Constitución, el cual incluye a un miembro de los Hermanos Musulma-

nes y está presidido por un jurista e historiador de tendencias islamistas, Tareq El-Bishri. La elección de El-Bishri es muy significativa. No sólo está considerado en general uno de los intelectuales más destacados de Egipto, sino que su principal tratado histórico, que examina la política egipcia entre el final de la Segunda Guerra Mundial y el golpe de Estado acaecido unos siete años después, está enmarcado por la siguiente cuestión: ¿A qué se debe que la vibrante política callejera de finales de la década de 1940 y principios de la de 1950, preñada de alternativas y movimientos revolucionarios, no produjera una toma del poder, permitiendo, por el contrario, que lo asumiese el ejército? En otras palabras, una de las principales obsesiones de El-Bishri es cómo se subió el ejército a la cresta de las protestas radicales en 1952 y robó la revolución. Todas las entrevistas concedidas desde que lo nombrara el Consejo Militar Supremo reflejan su determinación de no permitir que esto vuelva a ocurrir.

El comité ha esbozado un conjunto de cambios que eliminan las restricciones de la dictadura a la presentación de candidatos; reducen la presidencia de cinco a cuatro años, con un máximo de dos mandatos; y limitan a seis meses, renovables únicamente mediante referendo, la capacidad del presidente para declarar el estado de emergencia. Por insistencia de los militares, todos estos cambios fueron sometidos a los votantes el 19 de marzo, prácticamente sin aviso previo. El PDN y los islamistas, encabezados por los Hermanos Musulmanes y los salafistas (musulmanes puritanos), pidieron la aprobación del paquete. La Coalición Juvenil de la Revolución del 25 de Enero, El-Baradei y otros candidatos presidenciales, además de fuerzas liberales y de izquierdas, se opusieron, preguntando por qué debía enmendarse una Constitución fabricada por la dictadura, en lugar de redactar una Constitución nueva, democráticamente decidida. El paquete propuesto exige que el Parlamento elegido también con poco tiempo –este otoño– nombre una asamblea constituyente encargada de redactar una nueva Constitución. Quienes apoyaron el procedimiento del plebiscito sostenían que minimiza el peligro de que el ejército se atrinchere en el poder (en consonancia con la lógica de la preocupación de El-Bishri). Quienes lo rechazaron sostenían que la prisa por someter a plebiscito un alcance tan corto estaba calculada para garantizar que las dos organizaciones establecidas desde hace más tiempo, el PDN y los Hermanos –ambas, a su manera, profundamente conservadoras, y con menos probabilidades de contrariar al Alto Mando–, se hagan con la continuación del régimen.

La participación fue del 41 por 100. ¿Con qué vara deberíamos juzgarlo?

Desde el punto de vista egipcio, es una cifra muy alta. La población del país se acerca ahora a los 85 millones, de los cuales 45 tienen derecho a voto, y 18 ejercieron ese derecho. Parece una participación baja, en comparación con las cifras oficiales de los distintos referendos y elecciones celebrados por el anterior régimen. Pero éstos siempre fueron fraudulentos. Era fácil decirlo, porque uno nunca veía una cantidad significativa de vo-

tantes. Esta vez ha sido completamente distinto. En El Cairo, todos los colegios electorales estaban llenos, con largas filas desde las 7 de la mañana hasta las 8 o las 9 de la noche. Por supuesto, como era de esperar, la participación fue más alta en las grandes ciudades, y mucho más baja en el campo. Técnicamente, casi el 60 por 100 de la población sigue clasificada como rural, aunque en la práctica la mayoría vive ahora en aldeas del tamaño de pueblos. No hay problemas de registro, porque ahora todos disponemos de tarjeta de identidad magnética, y probablemente la participación sea mucho mayor en las elecciones parlamentarias.

¿Cómo debería interpretarse el abrumador resultado a favor de las enmiendas constitucionales (77 por 100)?

Se está debatiendo mucho. Lo que parece claro es que el *sí* significaba cosas diferentes para diferentes personas. Muchos votaron las enmiendas creyendo que su aprobación era necesaria para poner de nuevo el país en marcha. Probablemente ésta fue la razón principal para el gran porcentaje de *síes*, el miedo a que votar en contra significara prolongar el caos y la incertidumbre, impidiendo la vuelta de la normalidad. A menudo se oía decir a los ciudadanos que iban a votar *sí* porque querían volver a trabajar, ver la economía empezar a recobrase; les era muy difícil entender que esto no tenía nada que ver con votar *sí* o *no*. Otro gran factor fue la creencia, igualmente errónea, de que el *sí* era necesario para conservar el Artículo Dos de la Constitución, que declara los principios de la *sharia* la base de la legislación, y que el *no* suponía abolir la Constitución existente. De hecho, de todas formas se va a redactar una nueva Constitución, con independencia del resultado del referendo. Los ciudadanos comunes han votado esencialmente *sí* por estas razones. Estaban engañados, pero es comprensible. Tres facciones organizadas, por supuesto, los han animado a hacerlo: los restos del PDN, los Hermanos Musulmanes y los fundamentalistas salafistas (estos dos últimos basados principalmente en el segundo temor).

¿De cuándo data el Artículo Segundo de la Constitución?

De hecho, aunque pocos lo saben, su historia se retrotrae a la primera Constitución egipcia, la de 1923, la cual incluía un artículo que declaraba la *sharia* una de las principales fuentes de legislación. La Constitución de 1954 incluyó un artículo similar, redactado después de que los Oficiales Libres subieran al poder, y reintroducido en las cartas de 1964 y 1971. Después, en 1980, Sadat propuso dos enmiendas a la Constitución. La primera dio más importancia a la *sharia*, y la hizo pasar de ser sólo una de las principales fuentes de la legislación a convertirse en la *principal* fuente, y la segunda permitía que el presidente fuese reelegido indefinidamente, el verdadero objetivo. La primera sirvió de tapadera para la segunda, en un paquete sometido formalmente a referendo. Tras su aprobación, Sadat nombró un comité que supuestamente debía garantizar que todas las le-

yes cumplían la *sharia*. Dicho comité se reunió durante cinco meses sin alcanzar conclusión alguna, y nunca volvió a oírse hablar de él.

El no se ha concentrado en El Cairo, donde ha alcanzado el 39,48 por 100; en Alejandría, con el 32,87 por 100; y en Giza, con el 31,82 por 100. ¿Cómo deberíamos valorar estos resultados?

Dada la fuerza del deseo de vuelta a la normalidad y la importancia de la religión en la conciencia popular, el tamaño del voto en contra en El Cairo –casi dos quintos de los votantes– impresiona. La campaña para rechazar el paquete de enmiendas ha estado dirigida por los liberales y los izquierdistas que estuvieron al frente de la revuelta. Desde el punto de vista de la organización política, siguen siendo grupos pequeños. Lo que mostraba el *no* en El Cairo –ciudad de la que Giza es prácticamente una extensión– y en Alejandría es la considerable base social de la que estas fuerzas podrían disfrutar en un Egipto democrático, principalmente entre la clase media culta, pero también entre los trabajadores urbanos. Es un tributo a la autoridad política que han adquirido al liderar la revuelta, el que tantos votantes siguieran su consejo en un referendo convocado a tan corto plazo, y en medio de tanta confusión sobre su significado. Pero si esta función de vanguardia todavía potencial no adquiere con rapidez forma organizativa, es probable que los recuerdos de Tahrir se desvanezcan. Por ahora hay muy pocos signos de dicha organización. Los activistas no islámicos siguen en su mayoría inmersos en los mismos debates casuísticos que precedieron a la revuelta. Aunque el práctico levantamiento de la censura les ofrece ahora una plataforma pública más amplia, demasiado a menudo parecen debatir por minucias, como si nada hubiese cambiado.

Otras dos zonas no metropolitanas han registrado una media de noes por encima de la nacional: las gobernaduras del Mar Rojo y de Sur del Sinaí, con un 36,62 y un 33,06 por 100. ¿Cómo se explican estos resultados?

Probablemente por el temor al islamismo. Son áreas en las que la subsistencia de la población depende del turismo y sospechan que éste podría sufrir si se aprobasen restricciones sobre el alcohol o el uso de prendas de baño. Cuando ven hacia dónde avanzan los grupos religiosos, tienden a votar lo contrario.

¿Cuál es la consecuencia efectiva del referendo?

La posición oficial de las fuerzas armadas es que no quieren que se redacte una nueva Constitución bajo un gobierno militar, debería redactarse en una atmósfera democrática. Por consiguiente, se supone que la agenda después del referendo es la siguiente. En primer lugar, se celebrarán elecciones parlamentarias, probablemente en septiembre, seguidas de elecciones presidenciales

en diciembre o a comienzos de enero. El Parlamento deberá nombrar en el plazo de seis meses una Asamblea Constituyente que, a su vez, dispondrá de seis meses para redactar una Constitución. Una vez completada, esta nueva constitución será sometida a referendo en un plazo de quince días. Los partidarios del *no* han argüido que en este supuesto es probable que el parlamento esté controlado por los restos del PDN y por los Hermanos Musulmanes, y la Asamblea Constituyente reflejará ese equilibrio. El ejército ha respondido que, de elegirse inmediatamente una Asamblea Constituyente, probablemente produciría el mismo equilibrio de fuerzas que un Parlamento elegido en septiembre, de modo que no debería haber objeción a este último.

La Coalición Juvenil de la Revolución ha exigido formalmente la disolución del partido en el poder. ¿Ha planteado alguien más esa exigencia?

Sí. Es una cuestión muy importante en este momento. Pero todavía no está claro cuál será el destino del PDN. El patrón hasta el momento ha sido que, al comienzo, el Consejo Militar Supremo no responde a las demandas populares, y después de repente actúa de acuerdo con ellas. Fue el caso del cese de Shafiq del gobierno, la abolición del ss y antes de eso del Ministerio de Información. Así que ya veremos. Ciertamente, hay una esperanza muy extendida de que al menos los principales miembros del partido en el poder queden excluidos de participar en las próximas elecciones. El ejército dice que anunciará en breve las normas para la formación de partidos y la celebración de elecciones.

¿Cómo han evolucionado los medios de comunicación desde el derrocamiento de Mubarak?

Éste es otro asunto clave. Junto con el llamamiento a una disolución o neutralización del partido en el poder, ha habido demandas generalizadas de que se purgue a los directivos de los medios estatales. No sólo porque la población está irritada con el ridículo espectáculo de notorios portavoces de la dictadura que se presentan de repente como paladines de la revolución. También porque los medios estatales han seguido manteniendo un doble juego, al reforzar cualquier miedo como una amenaza a los grandes logros de la revolución, intentando sembrar un pánico que favorezca la restauración del viejo orden. Tras manifestaciones que exigían con firmeza el cese de los directivos de las cadenas televisivas y los periódicos controlados por el Estado, el primer ministro emitió el 2 de abril dos decretos que purgaban a casi una docena de ellos.

¿Y cuál ha sido la evolución del frente industrial?

Muy contradictoria. Todavía hay muy poca presión de la base. Los trabajadores siguen en su mayoría esencialmente preocupados por sus necesi-

dades cotidianas –salario, vacaciones, condiciones de trabajo– y por ahora han efectuado muy pocas demandas políticas generales. Por otra parte, hay una especie de politización desde arriba, ya que el nuevo ministro de Trabajo, Ahmed Hassan El-Borai –un jurista especializado en relaciones laborales, que desde hace mucho tiempo simpatiza con los trabajadores y es muy respetado por ellos–, promete que en el plazo de seis meses habrá un nuevo Estatuto de los Trabajadores, con salario mínimo garantizado y derecho a organizar sindicatos independientes y una federación nacional del trabajo. Pero, al mismo tiempo, el nuevo gobierno ha redactado una ley que penaliza las huelgas, las protestas, las manifestaciones y las sentadas que afectan a empresas privadas o estatales o a la economía, mientras permanezcan en vigor las leyes de emergencia. Naturalmente, este intento de represión se enfrenta a la oposición vehemente de los sindicatos independientes y, por supuesto, de los grupos de izquierda y liberales en general.

Mientras tanto, ¿qué ha ocurrido entre los grupos liberales y de izquierda que alimentaron la revuelta? ¿Se mantiene igual el paisaje o ha cambiado?

Por desgracia, hay pocos cambios. Dos grandes asuntos dividen esta área de opinión. Uno es el de la organización. ¿Deberían los distintos grupos que lideraron la revuelta conservar su identidad? ¿Deberían reagruparse en una de las fuerzas existentes? ¿O deberían crear una nueva organización, del tipo que sea? Ha habido negociaciones para ver si el Frente Democrático –uno de los varios partidos liberales creados en los últimos años de Mubarak– podía remodelarse para incluir varias tendencias, pero sus miembros más antiguos se negaron a lo que consideraban un intento de secuestro por los jóvenes, que todavía no eran siquiera militantes del partido. Otros han insistido en la necesidad de crear un partido nuevo, pero eso todavía no ha visto la luz, en parte por las diferencias acerca de la actitud que debería adoptar respecto a la religión.

Ésta es ahora la gran cuestión que enfrenta a los partidarios del *no*, tras el referendo. Los intelectuales liberales y de izquierda defienden desde hace tiempo una laicización profunda de la cultura egipcia, intentando convencer a la ciudadanía de que relegue la religión al ámbito privado, o al menos que la deje a un lado cuando tome decisiones políticas. Desde la revolución, muchos sienten que ahora poseen autoridad moral para hacer cumplir este planteamiento. El referendo, sin embargo, ha mostrado los riesgos de ese enfoque. Pone en contra a muchos ciudadanos comunes que rechazan categóricamente la laicización del Estado, y que instintivamente se cerrarán en banda si se plantea esta cuestión como exigencia central, y no escucharán nada más de lo que se les plantee. Y otros sostienen que es una condición de cualquier política realista el dejar claro que el lugar del islam en Egipto se respeta y siempre será respetado. En ambos aspectos, la organización y la religión, el frente progresista y de izquierda sigue un poco desorganizado.

¿Cómo se dividen entre sí las diversas fuerzas islamistas?

Es un asunto complejo. Hablando en general, hay tres fuerzas principales. Los Hermanos Musulmanes, que es la más antigua y la más implantada, parece avanzar viento en popa después de su participación en la victoria del sí en el referendo. Pero también corre el riesgo de dividirse al entrar en el espacio político propiamente dicho. Está el partido Wasat, de tendencia centrista, que se escindió de los Hermanos hace más de diez años (aunque acaba de ser legalizado), y ahora está atrayendo a muchos miembros de los Hermanos, por ser una alternativa islámica más moderada. Al comienzo de la revolución, el partido tenía sólo unos setenta afiliados. En las primeras semanas de marzo, unas 30.000 personas, la mayoría jóvenes desilusionados con los Hermanos, solicitaron su afiliación. Al mismo tiempo, los jóvenes que se unieron al ala reformista de los Hermanos Musulmanes amenazan con formar un nuevo partido propio –Nahda (Renacimiento)– a no ser que los líderes actuales dimitan de su cargo para permitir elecciones democráticas transparentes dentro de la organización, con observadores independientes.

El segundo sector está compuesto por fundamentalistas militantes, o salafistas políticos. Aquí hay dos grupos principales –Al-Gamaa al-Islamiyya y Al-Jihad–, además de otros de menor tamaño. Todos estos grupos escogieron la senda de la lucha armada contra la dictadura, porque no veían perspectivas de cambio pacífico. Fue una unidad de Jihad la que mató a Sadat. En la represión que siguió al asesinato, los líderes originales de la Jihad fueron rodeados y encarcelados. Los que escaparon, principalmente Ayman Al-Zawahiri, decidieron que el régimen respaldado por Occidente era demasiado fuerte como para vencerlo, y por ello trasladaron su campaña del «enemigo cercano» (el régimen autoritario) al «enemigo lejano» (los aliados occidentales del régimen) a través de organizaciones militantes planetarias, como Al-Qaeda. Los grupos escindidos, con una fuerza basada principalmente en nuevos militantes procedentes del sur del país y de las barriadas urbanas pobres, lideraron la insurgencia de baja intensidad en la década de 1990.

Hace cinco años, los dos grupos de salafistas encarcelados llegaron con el régimen al acuerdo de que si escribían tratados explicando con detalle por qué habían malinterpretado las Escrituras al tomar la senda de la violencia y por qué creían que necesitaban renunciar a ésta, serían liberados. Se publicaron debidamente cuatro pesados volúmenes de rectificación teológica, demostrando cómo y por qué se habían equivocado, y en 2006 fueron excarcelados. Ahora quieren formar un partido propio, sosteniendo que los Hermanos Musulmanes son demasiado laxos en sus creencias religiosas y tienen demasiada tendencia a ceder en política. Hace falta, en su lugar, un partido con más integridad, que establezca con claridad sus principios y se atenga a ellos. Las dos tradiciones de este bloque salafista, la Gamaa al-Islamiyya y la Jihad, insisten en que ahora rechazan la violencia y sólo intentan persuadir a otros para que se adhieran a los textos islámicos de manera más

estricta. Pero hay entre ellas fricciones serias y por ahora el intento de unir las no ha dado frutos. Originalmente, mantenían que la democracia va contra el islam, y querían abolir la Constitución, el Parlamento y las elecciones, con el objetivo de unir a todos los musulmanes para recrear de nuevo el califato. Ahora su verdadero líder, Abboud Al-Zumar —en otro tiempo coronel de la inteligencia militar, y cerebro del asesinato de Sadat, por lo que estuvo en prisión treinta años—, ha salido en las noticias declarando que aceptarán la democracia y respetarán las obligaciones internacionales de Egipto. Esta conversión no ha convencido a todos, pero, en cualquier caso, un partido salafista probablemente obtendría muy pocos votos.

Por último, hay un fundamentalismo básicamente apolítico. Son puritanos que se atienen a la letra de los textos religiosos, con un mínimo de interpretación, y emplean la mayor parte de su tiempo y de su energía en una observancia estricta de las normas. De manera similar a los judíos ortodoxos, se preocupan por lo que comen, lo que beben, la ropa que llevan y su modo de actuar. Por lo general, abogan por el respeto a quienes ocupan el poder e intentan trabajar pacíficamente por la regeneración moral de la sociedad. Son muy introvertidos y en general muy pasivos desde el punto de vista político. Por supuesto, advierten contra los peligros del chiismo, y se quejan de que no se hace lo suficiente para debilitar a las órdenes sufíes, que contravienen sus creencias religiosas. Pero, principalmente, sólo hacen campaña contra lo que consideran ofensas contra la moral, manifestándose para pedir la prohibición de un libro, una canción o una película que consideran inmorales. No son buena madera para la construcción de un movimiento político.

En consecuencia, ¿la opinión laica o copta tiene poco que temer de la configuración de las fuerzas islamistas en Egipto?

Al día siguiente del referendo, el rector de la Universidad Al-Azhar, Ahmed Al-Tayeb, envió al gobierno una propuesta de tres partes, con la intención de reclamar su autonomía frente al Estado, perdida en 1961, recuperando el control sobre los terrenos *waqf* y las mezquitas, la reintegración a la universidad de los especialistas en fetuas, y el cambio de rector, que pasaría de ser nombrado por el gobierno a ser un estudioso elegido por miembros del alto clero. El efecto sería el de garantizar la independencia de la Al-Azhar y el de volver a convertirla en centro de autoridad en materia religiosa. Dado que es de tradición moderada, esta universidad tendería a debilitar las interpretaciones radicales de las Escrituras y a tranquilizar a quienes temen que el hacer concesiones al islam los convertiría en posibles rehenes del textualismo estricto.

¿Al rector que ha hecho estas propuestas lo nombró Mubarak?

Así es. Pero es un refinado estudioso islámico, con un doctorado de la Sorbona, que dimitió del partido en el poder al ser nombrado rector, de for-

ma que tiene mucho respaldo. Con esta propuesta, el próximo rector será elegido de nuevo, como en el pasado, por un comité de estudiosos de todo el mundo islámico, no sólo de Egipto. A comienzos del siglo xx tuvimos un rector tunecino.

¿Cuánta atención prestan ahora, en medio del dramático proceso político y social que se está desplegando en Egipto, los medios de comunicación y la opinión pública a los acontecimientos del resto del mundo árabe?

Mucha. El efecto que sobre los egipcios han tenido las revueltas que los rodean es doble. Por un lado, al mirar cómo se ha desatado la violencia militar en Yemen, en Bahreín, en Libia, en Siria, en Jordania, y los trágicos resultados de todas ellas, tienen cada vez más razones para estar agradecidos al ejército egipcio, visto lo que ocurre cuando se usan tanques y balas contra los manifestantes. Por otro, comprenden que lo que ellos están viviendo forma parte de una evolución histórica más amplia, que está convulsionando la región. Eso les da cierto sentimiento de seguridad. Si Egipto estuviese aislado en su revolución, las perspectivas de que retornasen elementos del antiguo sistema y su aparato de represión serían mayores. Pero los que siguen aferrándose a él tendrán que mirar a su alrededor y ver lo improbable que es que vuelva a funcionarles, porque una enorme ola histórica engulle el mundo que ellos han dominado. Y por eso lo egipcios se sienten más seguros, con la convicción de que no van a perder lo conseguido, y de que el tiempo no va a volver a los días anteriores al 25 de enero.

¿Es posible predecir qué resultado tendrá el derrocamiento de Mubarak?

Los dos cambios que pueden esperarse derivan de lo que ya ha ocurrido. Se controlará la desatada brutalidad de la policía contra los ciudadanos, y la explotación económica ilimitada de los débiles, ahora que la ciudadanía puede erguirse y luchar, puede manifestarse y hacer huelga para defender sus derechos. ¿En qué medida vamos a tener una verdadera democracia? Estoy seguro de que Egipto será más democrático que antes, pero es improbable que alcancemos una democracia perfecta. Hay dos supuestos posibles. Podríamos imaginar un gobierno dispuesto a amnistiar a muchos miembros del partido dominante y policías, permitiéndoles reagruparse de otro modo, con un acuerdo general de que se responsabilice a las principales figuras del viejo régimen por sus desmanes, pero que los otros puedan volver a la refriega. La mayoría de la población volverá a la pasividad, las redes clientelares se mantendrán, y la policía conservará su arrogancia y sus remuneraciones excesivas. Si, por el contrario, aumentara el fervor radical, y el gobierno dijera a sus ministros que hiciesen una limpieza entre los acólitos del antiguo orden, éstos se sentirían acorralados y no se irían sin pelear, abriendo el camino o bien a una reacción autoritaria o bien a un orden político más reformado.

El resultado, por consiguiente, dependerá de la fuerza de la marea revolucionaria en Egipto. Si el movimiento sigue como en la actualidad, moderado y pragmático, tendremos un Egipto mucho mejor que el de antes, no una democracia perfecta. Si el movimiento adquiere fuerza e impulso, no se puede predecir qué ocurriría. Porque no hay ningún movimiento revolucionario con capacidad para asumir el control de todas las instituciones que necesitan ser expurgadas. Nasser tenía el ejército: podía enviar a los soldados para hacer aplicar su reforma agraria, o para dirigir las fábricas o convertirse en subsecretarios de la burocracia. En Rusia o China, había cuadros políticos que se encargaron de esas tareas. Pero dado que no hay un movimiento revolucionario que llene el vacío, acorralar a los oponentes sin poseer una organización para echarlos congela la revuelta en una posición de simplemente exigir y después esperar lo mejor.

4 de abril de 2011